

**JUSSI ADLER-OLSEN**

# Cloruro de sodio



*Traducción:*

MARTA ARMENGOL Y MARTA AULEL



MAEVA | NOIR

*Para Ellie, nuestra preciosa y listísima nieta*

# Prólogo

1982

TAN SOLO CINCO minutos después de la llamada de emergencia, la ambulancia se detuvo en el césped frente a una imagen caótica, de las que se quedan grabadas en la retina. En torno a un hoyo humeante yacían seis cuerpos sin vida, y un penetrante olor a carne quemada se mezclaba con el hedor a ozono que flotaba en el aire después de la caída de un rayo.

—¡No se acerquen! —gritó uno de los sanitarios a un grupo de estudiantes en la acera de enfrente. Habían acudido corriendo desde la universidad y observaban la escena, petrificados.

—No podemos hacer nada por ellos, Martin —dijo su compañero agarrándolo del brazo—. Pero mira. —Y señaló a un hombre mayor cuya rodilla se hundía lentamente en el césped mojado.

—¿Qué hacían apiñados? ¿Y por qué el rayo no ha alcanzado los árboles? —sollozaba el hombre mientras los sanitarios se aproximaban a él. Aunque llovía a mares y tenía el abrigo empapado, solo parecía importarle lo que acababa de ocurrir.

Martin se giró hacia los edificios de la universidad, donde las sirenas advertían de la llegada de más ambulancias y coches patrulla.

—Vamos a darle algo para que se tranquilice antes de que le dé un ataque —dijo su compañero. Martin asintió y entornó los

ojos. Entre la cortina de lluvia distinguió a dos mujeres en cuclillas junto a un charco que se había formado al lado de la valla.

—¡Ven, deprisa! —gritaron.

Martin agarró su bolsa y echó a correr hacia ellas.

—Creo que respira —exclamó una de las mujeres con la mano posada sobre el cuello de la séptima víctima. Excepto por la ropa ennegrecida, las quemaduras de la joven inconsciente no parecían tan graves como las del resto de los heridos—. El rayo ha hecho que salga disparada —dijo con voz temblorosa—. ¿Puedes salvarla?

Martin alejó el delgado cuerpo del charco y los gritos a su espalda se intensificaron. Sus compañeros confirmaron que no había nada que hacer: el rayo había matado a las otras seis personas expuestas a la lluvia.

Martin colocó a la joven en posición lateral de seguridad y le encontró el pulso, lento y débil, pero estable. En cuanto se levantó y le hizo una señal a su compañero para que llevara una camilla, el cuerpo de la chica se estremeció. El tórax se le expandió con dos breves bocanadas de aire; se incorporó de golpe apoyada en los codos y miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy? —preguntó con los ojos inyectados en sangre.

—En Fælledparken, en Copenhague —respondió Martin—. Le ha alcanzado un rayo.

—¿Un rayo?

Martin asintió.

—¿Y los demás? —dijo, girándose hacia la escena.

—¿Los conocía? —le preguntó.

La joven asintió.

—Sí, íbamos juntos. ¿Están muertos?

Él dudó un instante antes de confirmarlo.

—¿Todos?

Martin asintió de nuevo y la observó. Esperaba que mostrara sorpresa y pena, pero su inquietante expresión apuntaba a otra emoción.

—Vaya —dijo la joven con absoluta tranquilidad. A pesar del dolor que debían de causarle las heridas, una sonrisa diabólica se le extendió por el rostro—. ¿Sabe qué? —continuó antes de que Martin pudiera reaccionar—. Si puedo sobrevivir a esto, entonces, con la ayuda de Dios, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

# 1

## Maja

Martes, 26 de enero de 1988

DIEZ DÍAS DESPUÉS de Año Nuevo, el invierno sorprendió al país con vientos cortantes y temperaturas insólitamente frías. Maja vio la capa de hielo que se abría camino en el patio trasero de su bloque y suspiró. Era el tercer año consecutivo que tendría que poner los neumáticos de invierno, pero, con todos los gastos de la Navidad, no podía permitirse el lujo de que se los cambiara su mecánico de confianza. Por suerte, el periódico local tenía un llamativo anuncio de un taller que ofrecía un servicio rápido, eficaz y económico cerca de la guardería de su hijo en el barrio de Sydhavn, así que, adjudicado.

A veces, ser madre soltera tenía esas cosas: tocaba apretarse el cinturón.

Maja suspiró aliviada al ver que el dueño del taller de reparación y chapa y pintura Ove Wilders tenía pinta de ser el típico cachas que se había criado con los brazos metidos hasta el fondo en el motor de un coche. Parecía de fiar.

—Vamos a comprobar que esté todo a punto —dijo, señalando con la cabeza a unos mecánicos que en ese momento iluminaban los bajos de un coche elevado.

—Lo tendrá en un par de horas. Como ve, tenemos bastante lío.

TRES CUARTOS DE hora más tarde, ya en el trabajo, recibió una llamada. «Qué velocidad», pensó al oír la voz del mecánico. Pero la alegría le duró poco.

—No vamos a poder tenerlo listo hoy —dijo—. La rueda trasera estaba torcida. Pensábamos que el coche tenía un problema de suspensión, pero nos equivocamos: es el eje de transmisión, que está a punto de partirse, y eso ya es harina de otro costal.

—¿El eje de transmisión? —preguntó Maja mientras apretaba el teléfono—. Pero se puede soldar, ¿no?

La voz del mecánico sonaba seria.

—Lo miraremos, pero está tan desgastado que yo lo descartaría. Habrá que cambiarlo.

Maja suspiró. No quería ni pensar en lo que iba a costar aquello.

—Me pasaré cuando vaya a recoger a mi hijo de la guardería.

Le empezó a temblar la mano sobre la mesa. ¿Cómo iba a pagarlo? ¿Y cómo iba a arreglárselas sin coche si...?

—Muy bien. Cerramos a las cinco —fue la brusca respuesta del mecánico.

LOS NIÑOS TE hacen invertir aún más tiempo si encima van vestidos con un mono de invierno. Cuando Maja se dirigió hacia el taller a toda velocidad, con Max en el carrito y el corazón en la garganta, ya había pasado la hora de cierre. Así que suspiró aliviada al comprobar que la puerta del garaje al final de la calle estaba abierta y que su coche, con el morro cubierto de nieve, asomaba por la puerta del taller.

—¡Mi *brrum!* —exclamó Max cuando por fin llegaron hasta él. Le tenía mucho cariño a esa vieja chatarra.

Detrás de la valla, atisbó la pierna de un hombre que asomaba por detrás del vehículo. «Madre mía, ¿qué hace tirado en el asfalto sobre la nieve con el frío que hace?», fue lo único que

le dio tiempo a pensar antes de que las ventanas del edificio estallaran en un torrente de cristal. La fuerza de una segunda explosión le arrancó el cochecito de Max de las manos y lo empujó varios metros hacia atrás. El mundo estaba envuelto en fuego y humo cuando consiguió levantarse. El taller había estallado y su coche se encontraba volcado a pocos metros.

Miró desesperada a su alrededor, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¡Maaaax! —chilló, pero no oía ni su propia voz.

Y todo volvió a explotar.



## 2

### Marcus

Lunes, 30 de noviembre de 2020

«VAYA PANORAMA», PENSÓ Marcus Jacobsen, jefe de Homicidios, cuando encontró al inspector, que ya no tenía edad para echarse a dormir con los pies sobre la mesa, con los ojos cerrados y la boca abierta.

Lo zarandeó un poco por los pies.

—Espero no interrumpir nada importante, Carl —dijo con una media sonrisa.

Su compañero estaba tan adormilado que ni siquiera captó el sarcasmo.

—Pues según cómo lo mires, Marcus —dijo en pleno bostezo—. Estaba comprobando que mis pies están a la distancia perfecta de la mesa.

Marcus asintió. La renovación del sótano de la Jefatura de Policía le estaba pasando factura al equipo del Departamento Q y, a decir verdad, no le hacía ninguna gracia que la división más anárquica del cuerpo se hubiera mudado tan cerca de las oficinas de Tegholm, en el barrio de Sydhavn, a las nuevas dependencias de la Policía de Copenhague. Entre la cara de gruñón de Carl Mørck y la verborrea de Rose Knudsen, cualquiera se subiría por las paredes. A más de uno le gustaría que Carl y compañía volvieran al subsuelo del que habían salido, pero Marcus sabía que no caería esa breva. En esos tiempos del coronavirus, habría sido

preferible que el Departamento Q se hubiera quedado en el sótano de la vieja Jefatura.

—Mira, Carl. —Abrió una carpeta y señaló el recorte de periódico de una esquela—. ¿Qué te dice esto?

Carl se frotó los ojos:

Maja Petersen, 11 de noviembre de 1960 – 11 de noviembre de 2020.

Te echamos de menos.

La familia

Alzó la mirada.

—Vaya, la pobre mujer murió el día de su sesenta cumpleaños. Aparte de eso, no veo nada extraño. ¿Por qué lo preguntas?

Marcus lo miró serio.

—Te lo voy a decir. A mí me trae recuerdos de la primera vez que tú y yo nos vimos.

—Madre mía, ¿a eso te recuerda una esquela? Qué asociación de ideas más desagradable. ¿Cómo que la primera vez? ¿Cuándo fue?

—En enero de 1988. Llevabas ya un tiempo trabajando en la comisaría de Store Kongensgade. Yo era el subinspector del Departamento de Homicidios.

Carl bajó las piernas de la mesa y se incorporó.

—Pero ¿qué tiene eso que ver? En ese año aún no nos conocíamos.

—Lo recuerdo porque tu compañero y tú fuisteis los primeros en llegar al incendio del taller, y recuerdo también que cuidaste de una mujer semiinconsciente que acababa de perder a su hijo en la explosión.

El mejor agente de Marcus se quedó mirando al vacío un momento. Cogió el periódico y miró fijamente la esquela. ¿Se le estaba nublando la mirada? Le costaba creerlo.

—Maja Petersen —dijo despacio—. ¿Esa Maja Petersen?

Marcus asintió.

—La misma. Hace dos semanas nos mandaron a Terje Ploug y a mí a su apartamento, y ya llevaba un par de días ahorcada en la entrada. No hubo que investigar mucho para llegar a la conclusión de que se había suicidado. Había una foto de su hijo en el suelo que seguramente tuvo en la mano hasta el momento de su muerte. —Marcus sacudió la cabeza—. Encontramos una tarta mohosa en el comedor, intacta, donde se leían con claridad dos nombres trazados con un glaseado azul claro y delicado: «Maja, 60. Max, 3». Estaba decorada con dos cruces en vez de velas, una junto a cada nombre.

—Vaya. —Carl soltó el periódico y se reclinó—. Qué trágico. ¿Estás seguro de que fue un suicidio?

—Sí, el entierro fue anteayer y aparte del sacerdote, una señora mayor y un servidor, la capilla estaba vacía. Muy triste, la verdad. La señora era la prima de la difunta y fue quien firmó la esquila del periódico como «La familia».

Carl lo observó, pensativo.

—¿Y dices que tú también estuviste en el lugar de la explosión? Justo de eso no me recuerdo... Sí de la nieve y del frío polar, entre otras cosas, pero no de ti.

Marcus se encogió de hombros. Hacía más de treinta años, no era de extrañar.

—El incendio estaba descontrolado y el perito no pudo afirmar con seguridad qué lo había causado —dijo Marcus—, pero, por lo visto, el taller era totalmente ilegal, así que en el edificio había materiales inflamables más que suficientes para que aquello acabara mal. Y sí, yo también acudí a la escena poco después del accidente, aunque por pura casualidad: estaba investigando un caso a un par de calles.

Carl asintió para sí mismo.

—Recuerdo que me percaté de inmediato de que el niño había fallecido. Su cuerpo estaba en la acera, hundido en la

nieve. Esas cosas no se olvidan. Tuve que sujetar a su madre con todas mis fuerzas para que no fuera corriendo hacia él y viera en qué condiciones estaba.

Levantó la mirada hacia Marcus.

—¿Por qué asististe al funeral de Maja Petersen, Marcus?

—¿Que por qué? —suspiró—. Nunca llegué a quitarme ese caso de la cabeza. Por entonces también había algo que no me cuadraba. —Le dio unos golpecitos a la carpeta que había dejado sobre la mesa—. He tenido unos días para repararlo y darle vueltas.

—¿Y a qué conclusión has llegado? ¿A que la explosión no fue un accidente?

—Siempre tuve mis dudas al respecto, pero, aquí, en la página dos del informe, me he topado con una frase que no me llamó la atención entonces, y durante treinta años tampoco ha habido motivos para que destacara.

Sacó la hoja de la carpeta y la deslizó sobre la mesa hacia su compañero.

—La he subrayado.

Carl Mørck se apoyó en los reposabrazos y se inclinó hacia delante. Leyó la frase subrayada en amarillo un par de veces antes de alzar la vista hacia Marcus con una expresión que le ensombrecía la mirada.

—¿Sal? —repitió varias veces.

Marcus asintió.

—Veo que tú tienes el mismo presentimiento.

—Algo me suena, sí, pero ¿de qué? Refréscame la memoria.

—No recuerdo con exactitud qué caso fue, pero tuviste uno relacionado con la sal, ¿puede ser?

—Sí, algo así.

Se concentró tanto que parecía que su cabeza iba a echar humo, pero fue en vano.

—Puede que Rose o Assad se acuerden —dijo al final Carl. Marcus sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Aún no trabajaban aquí, pero quizá Hardy sí lo recuerde.

—Hardy está otra vez en Suiza para un tratamiento, Marcus.

—Lo sé, pero a lo mejor te suena un invento de lo más apañado, Carl: el teléfono.

—Vale, sí, lo llamaré —resopló con el ceño fruncido—. Marcus, tú que llevas un tiempo dándole vueltas, ¿podrías decirme cómo viviste lo de Sydhavn?

El otro asintió; puede que incluso le quitara un peso de encima.

Le contó que la segunda explosión reventó con tal fuerza las ventanas del apartamento ubicado cerca del taller que en ese momento estaban registrando que los fragmentos de cristal se incrustaron en el parqué y en el mobiliario. Por suerte, Marcus se encontraba con sus compañeros en el dormitorio que daba al patio y salió ileso, pero uno de los vecinos, un yonqui que almacenaba armas para algunos de los peores elementos del barrio, se vino abajo y empezó a hablar de la explosión de Valby de cuando era pequeño. Marcus se dirigió a la cocina de puntillas, expuesto al frío polar que entraba por la ventana rota, y enseguida vio los nubarrones de humo negro y las llamas que se alzaban al menos veinticinco metros por encima de los tejados, a un par de calles de distancia. Dos minutos después, Marcus y su ayudante entraron en la calle del taller, donde ya había otro coche patrulla parado con las luces encendidas. A pocos metros, un agente joven estaba sentado con una mujer inconsciente en el regazo. Reinaba el caos, y el asfalto y los escombros desprendían más humo negro. Marcus vio a su izquierda el cuerpo de un niño que mostraba indicios de haber fallecido en el acto; yacía inmóvil, tumbado bocabajo en la nieve.

Para entonces, las llamas se elevaban por encima de los cuarenta metros desde el centro del edificio; el calor había estado a punto de tumbarlos. Los restos de un Citroën Dyane estaban con las ruedas hacia arriba, rodeados de escombros y piezas de automóvil que flotaban en la nieve derretida por las llamas. Un par de coches que estaban aparcados junto al muro izquierdo del patio y de los que colgaba un cartel que rezaba «EN VENTA» habían quedado estrujados como si estuvieran en un desguace.

Delante de todo, bajo una montaña de cascotes, se advertía una furgoneta de la que asomaban dos piernas desnudas y calcinadas, la única señal de que en algún momento había habido vida en el edificio.

Los bomberos habían tardado varias horas en controlar el incendio, pero Marcus no se movió de allí y siguió con atención las observaciones de sus compañeros y de los peritos.

A medianoche habían encontrado cuatro cadáveres más en el interior del edificio, tan carbonizados que apenas podía distinguirse el sexo. Y, aunque los cráneos de los cuatro mostraban lesiones parecidas, era imposible determinar sobre el terreno si las heridas habían sido causadas por la lluvia de toneladas de piezas metálicas del taller que había provocado la explosión.

A pesar de que todo parecía indicar que se trataba de un accidente, a lo largo de los días siguientes Marcus se había dedicado a elaborar de forma rutinaria una serie de posibles motivos por los que el incendio pudiera haber sido provocado. Había que descartar cualquier tipo de intento de fraude al seguro, puesto que el taller, a pesar de la normativa, no estaba asegurado. Además, el propietario había fallecido en el siniestro, así que era imposible que se pudiera beneficiar de un incendio provocado. También quedaba descartada cualquier relación con bandas criminales, ya que ninguna de las víctimas mortales, que habían sido identificadas como mecánicos del taller, tenía antecedentes.

Marcus repasó la historia sin incidentes del local con ayuda de la conmocionada viuda.

—¿Tenía su marido o su familia alguna cuenta pendiente? —le había preguntado—. ¿Algún préstamo sin pagar? ¿Una mala relación con alguien? ¿Amenazas de la competencia?

Pero la viuda había respondido a todas sus preguntas negando con la cabeza. No se lo explicaba. Su marido era muy trabajador y hábil. Lo de los papeles y las cuentas no se le daba muy bien, pero ¿no era eso algo propio de quienes trabajan con las manos?

Marcus tuvo que admitir que, al menos, parecía característico de aquel negocio, que no contaba con los servicios de ningún contable o gestor. Y cualquier documentación, agenda o facturas, suponiendo que el taller se molestara en gestionar ese tipo de cosas, había desaparecido en el incendio.

La mujer sabía que cuando tuviera que hacer la declaración de la renta habría mucho trabajo por delante, pero, como el taller llevaba pocos meses abierto, tenía la esperanza de que todo se resolviera por sí solo.

El desescombros del solar, que se había llevado a cabo varias semanas después, no aportó ninguna información nueva. Solo llamaba la atención aquel pequeño detalle que un técnico forense muy espabilado había anotado en su informe, aunque Marcus solo reparó en él años después, en el último repaso que hizo del documento.

«A un par de metros de la verja de la entrada, junto a la cancela, había un montoncito de sal de unos nueve centímetros de altura.»

Y seguía una pequeña observación que debería haber despertado su interés desde el principio:

«Era sal de mesa, no sal para la nieve.»